

Julio Medem, La Poesía del Norte

Wolf Martin Hamdorf & Clara López Rubio



Escena de *Los amantes del Círculo Polar*.

Un Madrid otoñal, francamente nórdico. Ana y Otto, los dos protagonistas de *Los amantes del círculo polar*, están sentados en una terraza de la Plaza Mayor en el centro de la ciudad y no se ven: están muy cerca el uno del otro pero de espaldas. Los encuentros o desencuentros del destino son una constante en el cine de Julio Medem, donde el azar, la casualidad fatídica, siempre determina el desarrollo anímico de los protagonistas sumergidos en un complejo entramado dramático.

Nacido en San Sebastián en 1958, Julio Medem es hoy uno de los directores más interesantes y originales del cine español. Sus películas siempre llegaron a algunas salas de cine berlinesas. Pero hace unos meses se dieron a conocer a otras ciudades alemanas (Berlín, Hamburgo y Regensburg) junto a las películas de Juanma Bajo Ulloa y Álex de la Iglesia, en el contexto

del ciclo dedicado a la generación de cineastas vascos que cambió el paisaje convencional del cine español de los noventa.

Curiosamente, Julio Medem estudió la carrera de medicina. Pero estos estudios especializados de medicina y cirugía, finalizados en 1985, no le impidieron desarrollar su pasión por el cine. Como otros directores españoles de su generación realizó cortometrajes en Super 8, algunos de ellos inspirados por Hitchcock y Antonio Machado como *El ciego* (1976) y *Fideos* (1979), este último muy breve y no por ello menos interesante. Otros de estos cortometrajes, en su mayoría desconocidos, han sido, sucesivamente, *El jueves pasado* (1977), *Si yo fuera un poeta* (1981) y *Teatro en soria* (1982) y en 1985 *Patas en la cabeza*. Durante todo ese tiempo el cineasta también escribió críticas de cine para el periódico *La Voz de Euzkadi* y la revista *Casablanca*.

A partir de 1987 el cine se convirtió en su única fuente de vida. Empeñó tareas como ayudante de dirección, montador o guionista. Su despegue como director en ningún caso se puede comparar con la carrera meteórica de un Alejandro Amenábar. Los tiempos para un joven realizador estaban entonces tan mal como ahora (el «boom» de los nuevos realizadores llegó más tarde, gracias al éxito que los jóvenes Medem y Juanma Bajo Ulloa estaban teniendo con la crítica). Y así a lo largo de algunos años recorrió Julio Medem las grandes productoras con el guión del que sería su primer largometraje, *Vacas*.

Cuando esta primera película llegó por fin, ya en 1992, a los cines, causó gran sensación a la crítica por su forma tan propia de contar visualmente y por el enfoque lúdico de la historia sangrienta del País Vasco, relatada a través de una saga familiar donde los protagonistas envejecen, mientras que la mirada de las vacas permanece constante. En *Vacas* se mezclan los tempos: la calma contemplativa propia del campo con las elipsis, los repentinos saltos temporales, a manera de «cómic», creando un único ritmo orgánico, un *fluir* constante donde el paisaje y el paso del tiempo son elementos primordiales.

Ese telón de fondo, la historia rural del País Vasco, está marcada —dada su referencia temporal—, por la Guerra Civil y la intervención alemana de la Legión Cóndor en plena contienda. Los bombarderos alemanes en el cielo español son un motivo que, excepcionalmente, es redundante en las películas de Julio Medem, tanto en *Vacas* como, más tarde, en *Los amantes del círculo polar* donde la historia se mezcla con la leyenda familiar del abuelo de Otto. Justamente el padre de Julio Medem era de ascendencia alemana y esta figura representaba para él a una cierta burguesía alta vasca y tradicional y de derechas contra la que el joven director se rebelaba.

La realidad política y social que escinde a los habitantes del País Vasco en la actualidad no es un tema concreto reflejado en las películas de Medem, pero como suele decir, él pertenece a una generación de directores que vivieron durante su infancia la violencia franquista y la resistencia civil contra la dictadura y que viven ahora la difícil y conflictiva dinámica entre el terrorismo de ETA y la represión gubernamental, y eso de alguna manera ocupa un lugar importante en sus obras. Este es el fondo que, a pesar de no aparecer de manera directa en las películas, está latente, se advierte en el tono, contribuye a aumentar la tensión de las emociones.

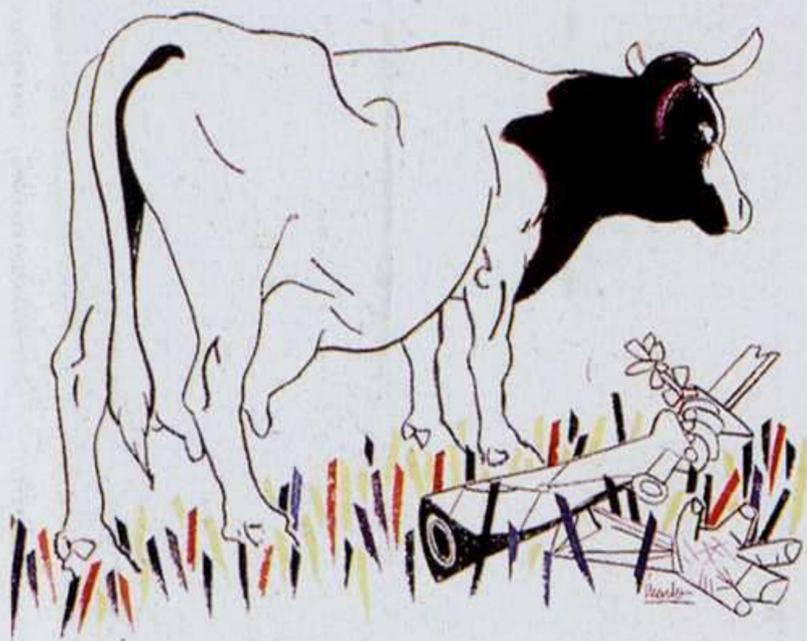
Lo podemos comprobar en su segunda película, *La ardilla roja* (1993), una historia de amor enigmática en un paisaje costero inundado de luz en la que la protagonista (Emma Suárez) va recuperando lentamente la memoria que ha perdido. Aquí Medem combina los elementos poéticos con los del Thriller, y consigue con ello un «desdoblamiento» de la realidad, el *dissoi lógoi*.

Secreto y Poesía son los componentes motores de sus siguientes películas. *Tierra* (1996)

es la primera obra de Medem fuera del País Vasco. La película se desarrolla en una región vinícola de la austera Castilla, donde las preciadas viñas extendidas sobre la tierra roja se ven afectadas por una plaga de cochinilla que hace que el vino sepa a tierra. En este deso-

siempre en las películas de Medem, los personajes se identifican con su entorno hasta tal punto que el paisaje sufre una transformación, pasa de ser un mero decorado a ser protagonista a medida que avanza la historia. *Tierra* es probablemente su película más «aparatososa». Rodada en formato scope (en un formato de 1:2,35 Panavisión), la película se escapa de la intimidad medemiana, porque en ella sobresale la técnica. La poesía es de por sí pequeña, es incompatible con las grandilocuencias. A pesar de ello, la fuerza enigmática de los personajes, y en definitiva, de la historia, consigue que obviemos esa gran cristalera que la cubre.

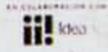
VACAS



EMMA SUÁREZ • CARMELO GÓMEZ • ANA TORRENT • TXEMA BLASCO
ELIANTZ BADIOLA • KARRA ELEJALDE • KARRIDO URANGA
MAYTELLA M^a ELENA SAIZ DE ROJAS • DIRECTOR DE PRODUCCIÓN: RICARDO GARCÍA ARRAJO
DIRECCIÓN ASISTIDA: RAFAEL PALMERO • MÚSICA: ALBERTO IZURDIA • DIRECTOR DE FOTOGRAFÍA: CARLES GUSI
MONTAJE: JULIO MEDEM • MICHÉL GASTAMBIDE XXXX UN ARGUMENTO DE JULIO MEDEM
PRODUCCIÓN EJECUTIVA: JOSÉ LUIS OLAIZOLA • FERNANDO DE GARCILLÁN

DIRECTOR: JULIO MEDEM

FINANCIADA POR EL INSTITUTO DE CINE Y AUDIOVISIÓN Y OTROS ENTIDADES PÚBLICAS DEL MINISTERIO DE CULTURA
PATROCINADA POR EL DEPARTAMENTO DE CULTURA DEL GOBIERNO VASCO



lado lugar aparece Ángel (Carmelo Gómez), el Salvador, quien con un sistema de fumigación desarrollado por él mismo empieza a poner en práctica un sistema doméstico de protección. Ángel, en su desdoblamiento amor-sexo, cordura-locura, se enamora de dos mujeres del pueblo: una mujer casada (Emma Suárez) y una misteriosa jovencita, una mujer-niña (Silke). Y como

Más íntima es *Los amantes del círculo polar* (1998, uno de sus mayores éxitos). En ella, el paisaje helado del Norte se convierte en proyección de las ilusiones, de los sueños de infancia de los protagonistas recordados a lo largo de su crecimiento. Medem nos cuenta un cuento, la historia de amor entre Ana y Otto, que se encuentran y se pierden a lo largo de sus vidas, con ese tono etéreo que los caracteriza, donde una historia absurda y su atmósfera remotamente poética se combinan con brillantez. *Los amantes del círculo polar* es una historia sencilla, sin demasiadas pretensiones. Eso mismo transmite la cámara siempre a la altura de los personajes, acompañándolos, sin apartarse de ellos. La luz blanca que inunda los espacios, la capacidad de las imágenes de transmitir el paso del tiempo, las elipsis trabajadas, el envejecimiento de los personajes, todo contribuye a una sensación de unidad, a la sensación de estar asistiendo a los destinos personales de los personajes.

Más allá de los clichés, se trata de un cuento construido a través de los diferentes recuerdos de Otto y Ana, que nos conduce continuamente a nuevas sorpresas (Julio Medem, que en películas anteriores apenas había tenido éxito comercial pero que ya era apreciado en festivales y por la crítica, no tenía esperanza en las dimensiones comerciales de *Los amantes...* y en un principio quiso rodar en digital). Para sorpresa de todos, *Los amantes del círculo polar* fue un éxito en las taquillas españolas.

Si la historia de amor de Ana y Otto tiene algo de la desesperanza emocional de Tristán e Isolda y de la letanía del norte, su última película, *Lucía y el sexo*

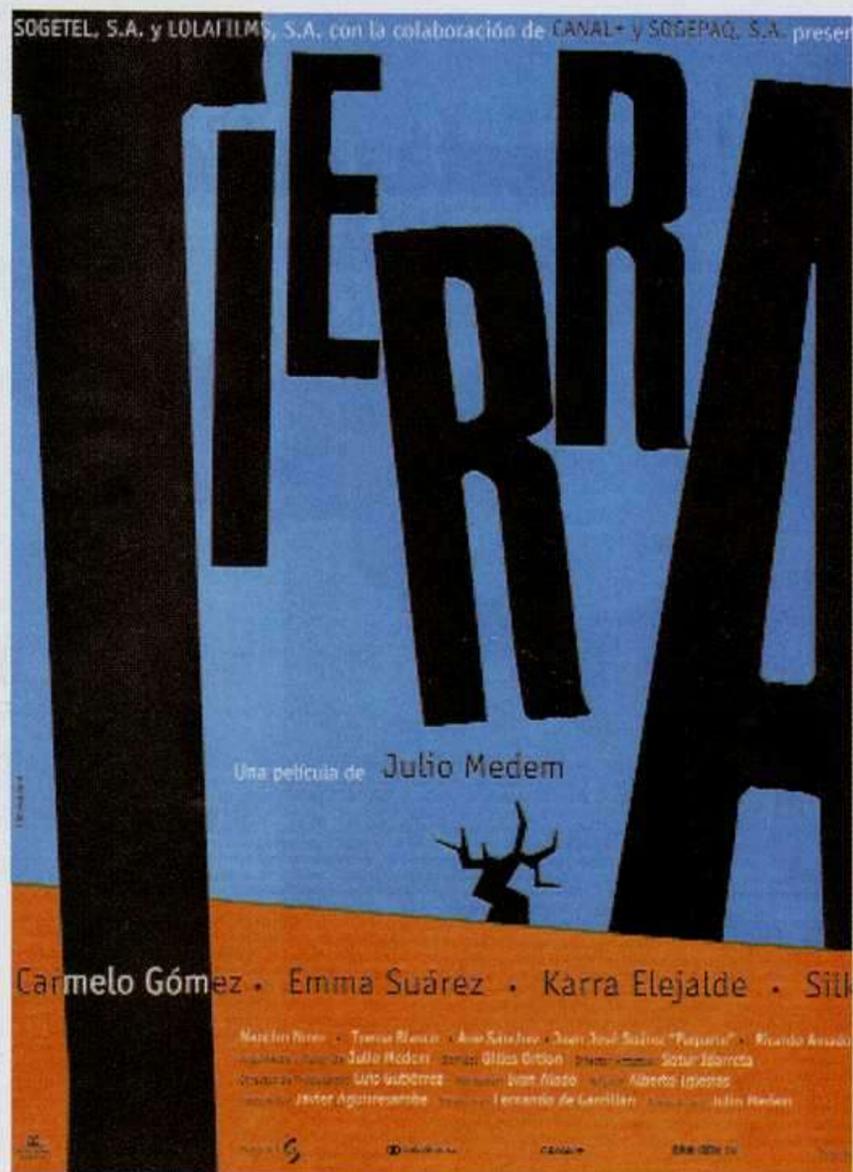
supera el dolor, el luto de la pérdida, con una sensualidad desbordada de luz, con una gran vitalidad. *Lucía y el sexo* trata del amor y del distanciamiento entre la camarera Lucía y el escritor Lorenzo. La película con sus imágenes innovadoras llenas de fuerza, con su montaje rápido acorde con las sensaciones, y con excelentes actores, es un homenaje al amor y a la creación. A lo largo de la trama, observamos que un fuego artificial de casualidades fatídicas marcan el camino de los protagonistas, de Lucía, Lorenzo, Elena, Carlos y Belén y los une en sus sueños de sexo y amor en la isla mediterránea Formentera de cráteres gigantes y cuevas marinas. Allí la luz es cristalina, casi fría, como en *Los amantes...* pero, en cambio, vibra un optimismo mediterráneo nuevo, conseguido por la vitalidad de la cámara digital, siempre en movimiento, mediante la constante lluvia de luz en las imágenes.

En cada una de sus obras, hasta hoy, Julio Medem ha mantenido la mirada infantil, la intranquilidad creativa, burbujeante, creciente. Sus películas se niegan a la sinopsis simple, no pueden reducirse a un resumen de cinco líneas, pues encarnan una manera de mirar que incluye una poética. Siempre están empapadas de su segunda gran pasión: la psicología, el interés por ahondar en la complejidad del alma humana, por ver la doble cara de la realidad. Lo vemos en *La ardilla roja*, donde el tema central es la pérdida de la memoria. También en *Tierra*, Ángel, el protagonista, que viene de estar internado en un centro psiquiátrico y se cree un ángel, es mitad santo y mitad loco. Y en *Los amantes del círculo polar* el eje central de la trama es la contradicción de las percepciones, la diferencia entre los puntos de vista, la frontera entre lo irreal y lo real. Mientras que en *Lucía y el sexo* Lorenzo pierde su cordura por exceso de dolor, éste se salva a través de la enfebrecida creación literaria, por una parte, y, a la postre, gracias al amor de Lucía.

Aunque las figuras de Julio Medem están impregnadas de complejidad psicológica, relacionadas entre sí por sentimientos de dependencia, de abandono, de luto, por frustrados deseos de ser correspondidos, por la búsqueda de lo que el otro fue y nosotros nunca supimos ver, por los malentendidos, los personajes en sí no siguen una continuidad lógica: Medem afronta el

enigma del inconsciente humano con la mirada ingenua y fantástica, amorosa y lírica del cuento de hadas.

En esta visualización densa y elíptica de la psiquis humana, en esta «poética gélida» tan propia, Medem se encuentra muy lejos del costumbrismo,



de la alegría ruidosa y folclórica del realismo fácil, del esperpento y el relato hiperbólico, una corriente muy común en el cine español de corte españolista. No es extraño que sus cineastas preferidos sean los más complejos del «cine de autor»: Victor Erice y Bergmann, Buñuel, Kurosawa e Iván Zulueta.

Con los bosques oscuros del País Vasco en *Vacas*, la tierra

roja de los viñedos castellanos de *Tierra*, el norte, los bosques y los lagos del Círculo Polar, donde se reencuentran y definitivamente se separan los destinos de Ana y Otto y con el paisaje perforado y rocoso de Formentera en *Lucía*, Medem es hoy el único director español que, siguiendo la tradición de Carlos Saura y Víctor Erice, maestros de los años 60 y los 70, consigue hacer verdaderos protagonistas del paisaje.

Julio Medem es un maestro de la poesía pero también de los procedimientos elípticos igualmente líricos como sucede con los largos silencios encarnados en un ritmo auroral, un maestro del contar audiovisual más complejo que lo que tenemos cada día para andar por casa, más allá del manierismo de un Alejandro Amenábar o del «empalago» de Pedro Almodóvar. Para Julio Medem el punto de partida de sus películas es a menudo una imagen, un plano, una composición luminosa pasajera, el juego de las nubes, de la nieve, un toma momentánea que se convierte en causante de pasiones entrelazadas, en resumen, una magia de cuento.

Con *Lucía y el sexo* Medem cierra un ciclo creativo que ha sostenido sabiamente en su primera etapa. Ahora comienza una nueva fase; aparecen nuevos caminos prometedores, nuevas maneras de abordar los temas, estrategias de búsqueda. En esta fase de transición Medem ha realizado un documental sobre el tema vasco, un tema necesario sobre el que apenas se ha hablado en España, o fuera de ella, con profundidad. Un tema que le toca muy de cerca, que describe con compromiso social y político: «Hay algo en lo Vasco, es decir, en lo que podríamos llamar la voz ancestral, hay un sentimiento de que no podemos, o nos cuesta mucho sustraernos. Es como una especie de deuda o de obligación o de compromiso con nuestra tierra, con el pasado. El pasado pesa muchísimo allí. Por un lado es muy fascinante también, lo antigua que es esa tierra y esa cultura con esa lengua que puede que tenga nueve mil años, que puede que sea de la época *magderiense*, del paleolítico superior. En fin, de alguna forma se va transmitiendo en casa, en las familias, este cierto orgullo de ser vasco. Y luego también resulta muy asfixiante el hecho de serlo. Y muy cargante. Y llega un momento en que ahora, tal y como es el País Vasco y Euskadi, que es una sociedad plural, resulta que no sabemos convivir bien con el sentimiento de diversidad y pluralidad que existe».

Con gran preocupación por la situación actual y deseo de mostrar la complejidad de ésta, Medem, a pesar de muchos intentos, no consiguió la financiación para este proyecto. Finalmente se decidió por producirlo él mismo.